

LA ADVERTENCIA OLVIDADA

Volumen 1 – Sermón No. 165

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
29 DE NOVIEMBRE DE 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“El sonido de la trompeta oyó, y no se apercibió; su sangre será sobre él”
Ezequiel 33:5***

En todas las cosas mundanas, los hombres siempre están lo suficientemente despiertos para comprender sus propios intereses. Apenas hay comerciante que lea el periódico, que no lo lea de una forma u otra con miras a sus propias preocupaciones personales. Si descubre que por el alza o la caída de los mercados ganará o perderá, esa parte de las noticias del día será la más importante para él. En la política, en todo lo que concierne a los asuntos temporales, el interés personal suele llevar la delantera. Los hombres siempre se cuidarán a sí mismos y los intereses personales y domésticos generalmente absorberán la mayor parte de sus pensamientos.

Pero en la religión es diferente. En religión, a los hombres les gusta mucho más creer en doctrinas abstractas y hablar de verdades generales que las indagaciones penetrantes que examinan su propio interés personal en ellas. Escuchará a muchos hombres admirar al predicador que se ocupa de las generalidades, pero cuando él llega a casa con preguntas inquisitivas poco a poco, se ofenden. Si nos ponemos de pie y declaramos hechos generales, tales como la pecaminosidad universal de la humanidad. O la necesidad de un Salvador, darán asentimiento a nuestra doctrina y posiblemente se retiren muy complacidos con el discurso, porque no les ha afectado. Pero, ¿cuántas veces nuestra audiencia rechinará los dientes y se irá enfurecida porque, como los fariseos con Jesús, perciben acerca de un ministro fiel, que él habló de ellos?

Y, sin embargo, hermanos míos, cuán tonto es esto. Si en todos los demás asuntos nos gustan las personalidades, si en todo lo demás buscamos nuestras propias preocupaciones, ¿cuánto más deberíamos hacerlo en religión? Porque seguramente cada hombre debe dar cuenta de sí mismo en el Día del Juicio. Debemos morir solos. Debemos resucitar en el día de la resurrección uno por uno, y cada uno por sí mismo debe presentarse ante el tribunal de Dios, y cada uno debe haberle dicho, individualmente: "Ven, bendito", o debe estar horrorizado con la frase atronadora: "Apártense, malditos".

Si existiera tal cosa como la salvación nacional, si fuera posible que pudiéramos ser salvos en su totalidad, que así, como las gavillas de maíz, la poca cizaña que puede crecer con el rastrojo sería recogida en por causa del trigo, entonces, de hecho, no sería tan tonto que descuidáramos nuestros propios intereses personales. Pero si las ovejas han de pasar, cada una de ellas, bajo la mano del que las cuenta. Si cada hombre debe presentarse en su propia persona ante Dios, para ser probado por sus propios actos, por todo lo que es racional, por todo lo que la conciencia dicta y el interés propio ordena, cada uno de nosotros mirémonos a nosotros mismos, para que podamos no seamos engañados y que no nos encontremos, al fin, miserablemente desechados.

Ahora, esta mañana, con la ayuda de Dios, trabajaré para ser personal. Y mientras oro por la rica asistencia del Espíritu Divino, también pediré una cosa a cada persona aquí presente: le pediría a cada cristiano que eleve una oración a Dios para que el servicio sea bendecido. Y pido a cualquier otra persona que se complazca en comprender que le estoy predicando a él y sobre él. Y si hay algo que es personal y pertinente a su propio caso, le suplico, en cuanto a la vida o la muerte, que lo deje tener todo su peso con él y no comience a pensar en su prójimo, a quien, tal vez, pueda ser aún más pertinente, pero cuyo negocio ciertamente no le concierne.

El texto es solemne: "El sonido de la trompeta oyó, y no se apercibió; su sangre será sobre él". El primer encabezado es este: la advertencia era todo lo que se podía desear: "El sonido de la trompeta oyó". En segundo lugar, las excusas para no prestar atención a la alarmante advertencia son todas frívolas y perversas. Y, por tanto, en tercer lugar, las consecuencias de la falta de atención deben ser terribles, porque la sangre del hombre debe recaer entonces sobre su propia cabeza.

1. Primero, pues, El aviso era todo lo que se podía desear. Cuando en tiempo de guerra un ejército es atacado en la noche y cortado y destruido mientras duerme, si les fuera imposible darse cuenta del ataque, y si hubieran usado toda la diligencia en colocar sus centinelas, pero sin embargo, el enemigo fuera tan cauteloso como para destruirlos, debemos llorar. No debemos culpar a nadie, pero debemos arrepentirnos profundamente y dar a ese anfitrión nuestra más completa compasión. Pero si, por otro lado, hubieran apostado a sus centinelas, y estos estuvieran bien despiertos y dieran a los soldados adormecidos todas las advertencias que pudieran desearse, pero sin embargo, el ejército fue cortado, podríamos la humanidad común lamentar la pérdida del mismo. Sin embargo, al mismo tiempo deberíamos estar obligados a decir:

Así es contigo. Si los hombres perecen bajo un ministerio infiel y no han sido suficientemente advertidos para escapar de la ira venidera, el cristiano puede compadecerse de ellos, sí, y me parece que aun cuando estén ante el tribunal de Dios, aunque el hecho de

que no hayan sido advertidos no los excusará por completo, pero contribuirá mucho a disminuir sus miserias eternas, que de otro modo podrían haber caído sobre sus cabezas. Sabemos que es más tolerable para Tiro y Sidón, que no han sido advertidas, en el Día del Juicio, que para cualquier ciudad o nación a la que se le haya proclamado el Evangelio en sus oídos.

Hermanos míos, si por el contrario hemos sido advertidos, si nuestros ministros han sido fieles, si han despertado nuestra conciencia y nos han llamado constante y seriamente la atención sobre el hecho de la ira venidera, y si no hemos prestado atención a su mensaje, si hemos despreciado la voz de Dios, si hemos hecho oídos sordos a sus fervientes exhortaciones, si perecemos, moriremos advertidos. Moriremos bajo el sonido del Evangelio y nuestra condenación debe ser implacable: nuestra sangre debe caer sobre nuestras propias cabezas. Permítanme, entonces, intentar, si puedo, ampliar este pensamiento: que la advertencia ha sido en el caso de muchos de ustedes todo lo que podría haber sido necesario.

En primer lugar, las advertencias del ministerio han sido para la mayoría de ustedes advertencias que han sido escuchadas: "el sonido de la trompeta oyó". En tierras lejanas no se oye el sonido de la trompeta de advertencia. Ay, hay miríadas de nuestros semejantes que nunca han sido advertidos por los embajadores de Dios, que no saben que la ira está sobre ellos y que todavía no entienden el único camino y método de salvación. En tu caso es muy diferente. Has oído la Palabra de Dios predicada a ti. No puedes decir, cuando te presentas ante Dios: "Señor, no sabía nada mejor". No hay un hombre o una mujer dentro de este lugar que se atreva entonces a alegar ignorancia.

Y, además, no sólo habéis oído con vuestros oídos, sino que algunos de vosotros os habéis visto obligados a oírlo en vuestras conciencias. Tengo ante mí a muchos de mis oyentes a quienes he tenido el placer de ver desde hace algunos años. No ha sido una o dos veces, pero muchas veces he visto la lágrima brotar de sus mejillas cuando les he hablado con seriedad, fidelidad y afecto. He visto toda tu alma conmovida dentro de ti. Y, sin embargo, para mi tristeza, ahora eres lo que eras: tu bondad ha sido como la nube temprana y como el rocío de la mañana que pasa. Has oído el Evangelio. Lloraste debajo de él y te encantó cómo sonaba. Volviste y volviste a llorar y, muchos se maravillaron de que lloraras, pero la mayor maravilla fue que después de haber llorado tan bien, te secaste las lágrimas tan fácilmente. Oh, sí, Dios es mi testigo, hay algunos de ustedes que no están ni una pulgada más cerca del Cielo.

Habéis sellado doblemente vuestra propia condenación a menos que os arrepintáis, porque habéis oído el Evangelio, habéis despreciado el profetizar, habéis rechazado el consejo de Dios contra vosotros. Y, por lo tanto, cuando mueras, debes morir compadecido por tus amigos, pero al mismo tiempo, con tu sangre sobre tu propia cabeza.

No solo se escuchó la trompeta, sino que más que eso, se entendió su advertencia. Cuando el hombre que se suponía en el texto escuchó la trompeta, entendió que el enemigo estaba cerca y, sin embargo, no se dio cuenta. Ahora bien, hermanos míos, en vuestro caso se ha entendido el sonido de la advertencia del Evangelio. Puede tener mil faltas vuestro ministro, pero hay una falta de la que está enteramente libre. Y, es decir, está libre de todos los intentos de usar un buen lenguaje en la expresión de sus pensamientos. Todos ustedes son mis testigos de que, si hay una palabra sajona o una frase cálida, una oración que es dura y de mercado que les dirá la verdad, siempre uso esta primero. Puedo decir solemnemente, como a la vista de Dios, que nunca salí de mi púlpito, excepto con la firme creencia de que, pasara lo que pasara, se me entendía perfectamente.

Había tratado al menos de reunir palabras sabias, para que nadie pudiera confundir mi significado; podría rechinar los dientes, pero no podía decir: "El predicador estaba brumoso y nublado, hablándome de metafísica, más allá de mi comprensión". Se ha visto obligado a decir: "Bueno, sé lo que quiso decir, me habló con bastante claridad". Bien, señores, entonces si es así y si han escuchado advertencias que podrían entender, tanto más culpables son, si están viviendo este día en rechazo a ellas. Si les he predicado en un estilo que supera la comprensión, entonces en mi cabeza debe estar su sangre, porque debí haberles hecho entender. Pero si me refiero a hombres de baja condición y escojo incluso frases vulgares para complacer a la gente común, entonces si entendiste la advertencia y luego te arriesgaste, fíjate, mis manos están limpias de tu sangre. Si estás condenado, soy inocente de tu condenación. Les he dicho claramente que a menos que se arrepientan, deben perecer, y que a menos que pongan su confianza en el Señor Jesucristo, no hay para ustedes esperanza de salvación.

Una vez más, este sonido de trompeta fue sorprendente. El sonido de la trompeta siempre se considera el más sorprendente del mundo. Es lo que se usará en la mañana de la resurrección para asustar a las miríadas de durmientes y hacerlos levantarse de sus tumbas. Sí, y usted ha tenido un ministerio sorprendente. Se han sentado, algunos de ustedes, bajo ministros que podrían haber hecho temblar al mismo diablo, tan fervorosos han sido. Y te han hecho temblar a veces, tanto, que no podías dormir. El cabello de tu cabeza estuvo muy cerca de moverse para erguirse. Hablaban como si nunca pudieran volver a hablar, como hombres moribundos para hombres moribundos. Hablaban como si hubieran estado en el Infierno y conociesen la venganza del Todopoderoso, y hablaban como si hubieran entrado en el corazón de Jesús y leído Su amor por los pecadores.

Tenían cejas de latón, no sabían cómo estremecerse. Pusieron al descubierto tu iniquidad delante de tu rostro, y con un lenguaje áspero que era inequívoco, te hicieron sentir que había un hombre allí que te dijo todas las cosas que alguna vez hiciste. Lo declararon de tal manera que no podías evitar sentirte debajo de él. Siempre tuviste veneración por ese ministro, porque

sentías que al menos él era honesto contigo. Y a veces has pensado que incluso irías a escucharlo de nuevo, porque allí al menos tu alma se conmovió y se te hizo escuchar la Verdad.

Sí, algunos de ustedes han tenido un ministerio sorprendente. Entonces, señores, si habéis oído el grito del fuego, si os quemáis en vuestros lechos, vuestras cenizas carbonizadas no me acusarán. Si os he advertido que el que no cree debe ser condenado, si vosotros estáis condenados, vuestras miserables almas no me acusarán. Si a veces os he despertado de vuestros sueños, y he hecho que vuestros bailes y vuestras fiestas de placer sean inquietantes porque a veces os he advertido de estas cosas, entonces, señores, si después de todo dejáis de lado estas advertencias y rechazáis estos consejos, estaréis agradecidos de decir: "Mi sangre está sobre mi propia cabeza".

En muchos de vuestros casos el aviso ha sido muy frecuente. Si el hombre escuchó el sonido de la trompeta una vez y no lo hizo caso, posiblemente podamos disculparlo. Pero, ¿cuántos de mi audiencia han escuchado el sonido de la trompeta del Evangelio con mucha frecuencia? Ahí estás, joven. Has tenido muchos años de enseñanza de una madre piadosa, muchos años de exhortaciones de un ministro piadoso. Cargas de vagones de sermones se han agotado sobre ti. Has tenido muchas providencias agudas, muchas enfermedades terribles. A menudo, cuando la campana de la muerte ha doblado por tu amigo, tu conciencia se ha despertado. Para ti las advertencias no son cosas inusuales. Son muy comunes. Oh, mis lectores, si un hombre escuchara el Evangelio una sola vez, su sangre caería sobre su propia cabeza por rechazarlo. Pero cuánto mayor castigo se os tendrá por dignos, que lo habéis oído tantas y tantas veces. Ah, bien podría llorar cuando pienso cuántos sermones habéis escuchado, cuántos de vosotros cuántas veces habéis sido heridos en el corazón.

Cien veces al año has subido a la casa de Dios, y muchas más veces acabas de añadir cien leños al montón eterno. Cien veces ha sonado la trompeta en tus oídos y cien veces te has vuelto a pecar, a despreciar a Cristo, a descuidar tus intereses eternos y a perseguir los placeres y las preocupaciones de este mundo. ¡Oh, qué locura es esto, qué locura! Oh, señores, si un hombre hubiera derramado su corazón ante ustedes por una sola vez en cuanto a sus intereses eternos, y si les hubiera hablado seriamente y hubieran rechazado su mensaje, entonces, incluso entonces, habrían sido culpables. Pero, ¿qué os diremos a vosotros, sobre quienes se han agotado los dardos del Todopoderoso? Oh, ¿Qué se hará con esta tierra estéril que ha sido regada con lluvia tras lluvia y que ha sido vivificada con sol tras sol? ¿Qué se le hará al que, siendo reprendido muchas veces, todavía endurece su cerviz? ¿No será destruido repentinamente, y eso sin remedio, y no se dirá entonces: "su sangre reposará en su propia puerta, su culpa sobre su propia cabeza"?

Y solo quiero que recuerdes una cosa más. Esta advertencia que habéis tenido tantas veces os ha llegado a tiempo. "Ah", dijo un incrédulo una vez, "Dios nunca considera al hombre. Si hay un Dios, Él nunca se fijaría en los hombres". Dijo un ministro cristiano, que estaba sentado frente a él en el carruaje: "Puede llegar el día, señor, en que sabrá la verdad de lo que acaba de decir". "No entiendo su alusión, señor", dijo. "Bueno, señor, puede llegar el día en que llame y Él se negará. Cuando extiendas tus manos y Él no te mire, pero como Él ha dicho en el libro de Proverbios, así lo hará: 'Porque llamé y me negasteis, porque extendí Mis manos y nadie me hizo caso, yo también me burlaré de vuestra calamidad, me reiré cuando venga vuestro temor'".

Pero, oh, señores, su advertencia no ha llegado demasiado tarde. No estás advertido en el lecho de un enfermo, en la hora undécima, cuando no hay más que una mínima posibilidad de salvación. Estás advertido a tiempo, estás advertido hoy, has sido advertido por estos muchos años que ya pasaron. Si Dios enviara un predicador a los condenados en el Infierno, eso sería una adición innecesaria a su miseria. Seguramente, si uno pudiera ir y predicar el Evangelio a través de los campos de la Gehena y hablarles de un Salvador que habían despreciado, y de un Evangelio que ahora está más allá de su alcance, que estaban provocando a las pobres almas con un vano intento de aumentar su dolor indecible. Pero, oh, hermanos míos, predicar el Evangelio ahora es predicar en un período de esperanza, porque "ahora es el tiempo propicio, ahora es el día de salvación".

Avisa al barquero antes de que entre en la corriente, y luego, si es arrastrado por los rápidos, se destruye a sí mismo. Advierte al hombre antes de que beba la copa de veneno, dile que es mortal. Y luego, si lo bebe, su muerte está a su propia puerta. Y así, permítanos advertirle antes de partir de esta vida. Predicamos mientras vuestros huesos aún están llenos de médula y los tendones de vuestras articulaciones no están sueltos. Entonces os hemos advertido a tiempo y tanto más aumentará vuestra culpa porque la advertencia fue oportuna. Era frecuente, era ferviente, era apropiado, era excitante, se te daba continuamente y, sin embargo, no buscabas escapar de la ira venidera.

Y así también esta mañana te diría, si pereces. Estoy libre de tu sangre. Si sois condenados, no es por falta de clamor, ni por falta de oración, ni por falta de llanto. Su sangre debe estar sobre sus propias cabezas, porque la advertencia es todo lo que se necesita.

2. Y ahora llegamos al segundo punto. Los hombres ponen excusas por las que no atienden a la advertencia del evangelio, pero estas excusas son todas frívolas y perversas. Voy a repasar una o dos de las excusas que da la gente. Algunos de ellos dicen: "Bueno, no presté atención a la advertencia porque no creía que hubiera ninguna necesidad de ello".

Ah, ¿te dijeron que después de la muerte había un juicio y no creíste que había ninguna

necesidad de que estuvieras preparado para ese juicio? Se te dijo que por las obras de la Ley ninguna carne viviente será justificada y que solo a través de Cristo pueden salvarse los pecadores. ¿Y no pensaste que había necesidad de Cristo? Bueno, señor, debería haber pensado que era una necesidad. Sabes que había una necesidad en tu conciencia interna. Hablaste cosas muy grandes cuando te pusiste de pie como un incrédulo,

Bien sabes que en las silenciosas vigili­as de la noche has temblado a menudo. En una tormenta en el mar has estado de rodillas para orar a un Dios de quien en la tierra te has reído. Y cuando has estado enfermo al borde de la muerte, has dicho: "Señor, ten piedad de mí". Y así has orado, lo has creído después de todo. Pero si no lo creías, deberías haberlo creído. Había razón suficiente para haberte enseñado que había un más allá. El Libro de la revelación de Dios fue lo suficientemente claro como para habérselo enseñado, y si habéis rechazado el Libro de Dios, rechazado la voz de la razón y de la conciencia, vuestra sangre está sobre vuestra propia cabeza. Tu excusa es ociosa. Es peor que eso, es profano y perverso, y aún sobre tu propia cabeza está tu tormento eterno.

"Pero", exclama otro, "no me gustó la trompeta. No me gustó el Evangelio que se predicó". Dice uno: "No me gustaban ciertas doctrinas de la Biblia. Pensé que el ministro predicaba doctrinas demasiado duras a veces. Yo no estaba de acuerdo con el Evangelio, pensaba que el Evangelio debería haber sido alterado y no haber sido tal como era". No te gustó la trompeta, ¿verdad? Bueno, pero Dios hizo la trompeta, Dios hizo el Evangelio y como no les gustó lo que Dios hizo, es una excusa ociosa. ¿Qué os importaba lo que era la trompeta, mientras os advertía? Y ciertamente, si hubiera sido tiempo de guerra y hubieras oído una trompeta para advertirte de la venida del enemigo, no te hubieras quedado quieto y dicho: "Ahora creo que es una trompeta de bronce, me gustaría tener lo mandó hacer de plata". No, pero el sonido te hubiera bastado y arriba hubieras estado para escapar del peligro. Y así debe ser ahora contigo. Es una pretensión ociosa de que no te gustó. Debería haberte gustado, porque Dios hizo del Evangelio lo que es.

Pero tú dices: "No me gustó el hombre que lo arruinó". Bueno, si no te gustó un mensajero de Dios, hay muchos en esta ciudad. ¿No pudiste encontrar uno que te gustara? No te gustaban los modales de un hombre: eran demasiado teatrales. No te gustaba el de otro, era demasiado doctrinal. No te gustaba el de otro, era demasiado práctico. Hay muchos, puedes elegir el que quieras. Pero si Dios ha enviado a los hombres y les ha dicho cómo soplar, y si soplan lo mejor que pueden, es en vano que rechaces sus advertencias, porque no soplan como te gusta.

Ah, hermanos míos, no encontramos falta en la forma de hablar de un hombre, si estamos en una casa que está en llamas. Si el hombre grita, "¡Fuego! ¡Fuego!" no somos particulares de qué nota toma. No pensamos en la voz tan dura que tiene. Pensarías que cualquiera es un

tonto, un tonto confundido, quien debe acostarse en su cama, para ser quemado, porque dijo que no le gustó la forma en que el hombre gritó: "Fuego". Por qué su asunto era haberse levantado de la cama y haber bajado las escaleras a la vez, tan pronto como lo escuchó.

Pero otro dice: "No me gustaba el hombre mismo. No me gustaba el ministro. No me gustaba el hombre que tocaba la trompeta. Podía oírlo predicar muy bien, pero personalmente me disgustaba, así que no presté atención a lo que decía la trompeta". En verdad, Dios te dirá al fin: "Necio, ¿qué tienes que ver con ese hombre? Para su propio Maestro, él se sostiene o cae. Tu negocio era contigo mismo". Qué pensarías de un hombre que se ha caído por la borda de un barco y cuando se está ahogando, algún marinero le tira una cuerda y ahí está. Bueno, dice, en primer lugar, "no me gusta esa cuerda, no creo que esa cuerda haya sido hecha en la mejor fábrica. También tiene algo de alquitrán, no me gusta. Y, en segundo lugar, no me gusta ese marinero que tiró la cuerda. Estoy seguro de que no es un hombre de buen corazón, No me gusta su apariencia para nada". Y luego viene un gorgoteo y un gemido, y está en el fondo del mar. Y cuando se ahogó, dijeron que le merecía la pena si no se aferraba a la cuerda, sino que hacía objeciones tan tontas y absurdas, cuando se trataba de una cuestión de vida o muerte.

Entonces sobre su propia cabeza está su sangre. Y así será contigo al fin. Estás tan ocupado criticando al ministro y su estilo, y su doctrina, que tu propia alma perece. Recuerda que puedes entrar en el Infierno por la crítica, pero nunca criticarás a tu alma para sacarla de allí. Allí puedes aprovecharlo al máximo. Usted puede estar allí y decir: "No me gustó el ministro. No me gustó su manera. No me gustó su asunto". Pero toda tu aversión no conseguirá que una gota de agua refresque tu lengua ardiente, ni sirva para mitigar los tormentos sin alivio de ese mundo de agonía.

Hay muchas otras personas que dicen: "Ah, bueno, no hice ninguna de esas cosas, pero tenía la idea de que el sonido de la trompeta debería sonar para todos los demás, pero no para mí". Ah, esa es una noción muy común. "Todos los hombres piensan que todos los hombres son mortales excepto ellos mismos", dijo un buen poeta. Y todos los hombres piensan que todos los hombres necesitan el Evangelio, pero no ellos mismos. Que cada uno de nosotros recuerde que el Evangelio tiene un mensaje para cada uno de nosotros. ¿Qué te dice el Evangelio, querido lector? ¿Qué te dice la Palabra? Olvídate de tus vecinos y hazte esta pregunta: ¿te condena? ¿O te asegura tu perdón? Porque recuerda, todo lo que tienes que hacer al oír la Palabra, es oír con tus propios oídos para tu propia alma, y será ocioso que alguien diga: "No pensé que se aplicara a mí.

Bueno, dice otro, "Pero estaba tan ocupado. Tenía tanto que hacer que no podía atender las preocupaciones de mi alma". ¿Qué dirás del hombre que tiene tanto que hacer que no pudo salir de la casa en llamas, sino que fue reducido a cenizas? ¿Qué dirás del hombre que

tenía tanto que hacer que cuando se estaba muriendo no tuvo tiempo de mandar a buscar un médico? Bueno, dirás entonces que no debería haber tenido tanto que hacer. Y si alguno en el mundo tiene algún negocio que le hace perder su alma por falta de tiempo, que se plantee esta pregunta en el corazón: ¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiera su alma?"

Pero es falso, es falso, los hombres tienen tiempo. Es la falta de voluntad, no la falta de manera. Tiene usted tiempo, señor, ¿no lo tiene, a pesar de todos sus asuntos, para gastarlo en placeres? Tienes tiempo para leer tu periódico, ¿no tienes tiempo para leer tu Biblia? Tienes tiempo para cantar una canción, ¿no tienes tiempo para rezar una oración? Bueno, cuando el granjero Brown se encontró un día con el granjero Smith en el mercado, le dijo: "Granjero Smith, no sé cómo encuentras tiempo para cazar. Vaya, hombre, entre sembrar y segar y cosechar y arar y todo eso, mi tiempo está tan ocupado en mi granja que no tengo tiempo para cazar".

"Ah", dijo, "Brown, si te gustara cazar tanto como a mí, si no pudieras encontrar tiempo, lo lograrías". Y lo mismo ocurre con la religión: la razón por la que los hombres no pueden encontrar tiempo para ella es porque no les gusta lo suficiente. Si les gustaba, encontrarían tiempo. Y, además, ¿a qué hora quiere? ¿Qué tiempo requiere? ¿No puedo orar a Dios sobre mi libro mayor? ¿No puedo tomar un mensaje de texto en mi desayuno y pensarlo todo el día? ¿No puedo incluso cuando estoy ocupado en los asuntos del mundo, estar pensando en mi alma y arrojándome sobre la sangre y la expiación de un Redentor? No quiere tiempo. Puede que se requiera algún tiempo, algún tiempo para mis devociones privadas y para la comunión con Cristo, pero cuando crezca en la gracia, pensaré que es correcto tener más y más tiempo. Cuanto más pueda obtener, más feliz seré, y nunca pondré la excusa de que no tengo tiempo.

"Bueno", dice otro, "pero pensé que tenía suficiente tiempo. Señor, no quiere que yo sea religioso en mi juventud, ¿verdad? Soy un muchacho y ¿no puedo tener un poco de diversión y sembrar mi avena salvaje tan bien como cualquier otra persona?" Bueno, sí, sí. Pero al mismo tiempo, el mejor lugar para divertirse que yo sepa, es donde vive un cristiano. La mayor felicidad del mundo es la felicidad de un hijo de Dios. Puedes tener tus placeres, oh, sí, los tendrás duplicados y triplicados, si eres cristiano. No tendrás cosas que los mundanos llaman placeres, tendrás algunas que son mil veces mejores. Pero sólo mira esa imagen dolorosa. Allí, lejos, en el oscuro abismo de la aflicción, yace un joven y llora. "Ah, quise haberme arrepentido cuando estaba fuera de mi aprendizaje, pero morí antes de que se acabara mi tiempo". "Ah", dice otro a su lado, "pensaba, mientras era oficial, que cuando llegara a ser maestro, entonces pensaría en las cosas de Cristo, pero morí antes de tener suficiente dinero para comenzar por mí mismo".

Y luego un comerciante detrás llora con amargo dolor y dice: "Ah, pensé que sería religioso cuando tuviera suficiente para jubilarme y vivir en el campo. Entonces debería tener tiempo para pensar en Dios, cuando haya casado a todos mis hijos y mis preocupaciones se hayan resuelto por mí. Pero aquí estoy encerrado en el Infierno y ahora ¿qué valen todas mis dilaciones y qué es todo el tiempo que gané para todos los míseros placeres del mundo? Ahora he perdido mi alma por ellos." Experimentamos una gran molestia si somos impuntuales en muchos lugares. ¡Pero no podemos concebir cuál debe ser el horror y la consternación de los hombres que se encuentran demasiado tarde en el otro mundo! Ah, amigos, si supiera que hay uno aquí que dijo: "Me arrepentiré el próximo miércoles", haría que se sintiera en un estado terrible hasta que llegara el miércoles; ¿y si muriera? ¡Oh, qué pasaría si él muriera!

Ah, todas estas son excusas ociosas. Los hombres no dan tales excusas cuando se trata de su vida corporal. ¡Ojalá fuéramos sabios, que no hiciéramos tales lamentables pretensiones de disculpa cuando nuestra alma, nuestra propia alma, es lo que está en juego! Si no aceptan la advertencia, cualquiera que sea su excusa, su sangre será sobre su propia cabeza.

3. Y ahora vengo solemnemente a concluir con todo el poder de la seriedad. La advertencia ha sido suficiente, la excusa para no atenderla ha resultado profana. Entonces el último pensamiento es "Su sangre será sobre su propia cabeza". Brevemente así: perecerá. Perecerá ciertamente, perecerá inexcusablemente. Él perecerá. ¿Y qué significa eso? No hay mente humana, por espaciosa que sea, que pueda adivinar el pensamiento de un alma eternamente apartada de Dios. La ira venidera es tan inexpresable como la gloria que será revelada más adelante. Nuestro Salvador se esforzó por encontrar palabras con las cuales expresar los horrores de un estado futuro a los impíos. Recuerden que Él habló de gusanos que no mueren. De fuegos que nunca se apagan, de un pozo sin fondo, de llanto y lamento y crujiir de dientes en las tinieblas exteriores.

Ningún predicador fue jamás tan amoroso como Cristo, pero ningún hombre jamás habló tan horriblemente sobre el Infierno. Y, sin embargo, incluso cuando el Salvador había dicho lo mejor y lo peor, no nos había dicho cuáles son los horrores de un estado futuro. Has visto enfermedades, has oído los gritos de hombres y mujeres cuando sus dolores han estado sobre ellos. Nosotros, al menos, hemos estado junto a la cama incluso de algunos seres queridos para nosotros, y hemos visto hasta qué punto la agonía puede llevarse en el cuerpo humano. Pero ninguno de nosotros sabe cuánto es capaz de sufrir el cuerpo. Ciertamente, el cuerpo tendrá que sufrir para siempre: "Él es poderoso para arrojar el cuerpo y el alma al infierno". Hemos oído hablar de tormentos exquisitos, pero nunca hemos soñado con ninguno como este. De nuevo, hemos visto algo de las miserias del alma.

Todo lo que alguna vez se pudo hacer por él, nunca pudo provocar una sonrisa en él, nunca la luz de la alegría iluminó sus ojos, estaba tristemente deprimido. Sí, y fue mi desgraciada suerte vivir con alguien que no sólo estaba deprimido de espíritu, sino que su mente se había desviado tanto que rumiaba fantasías tan lúgubres y lúgubres, que la simple vista de él era suficiente para cambiar la luz del sol del verano a la oscuridad misma de un triste invierno. No tenía nada que decir excepto palabras oscuras y gemidas. Sus pensamientos siempre tenían una apariencia sombría sobre ellos. Era medianoche en su alma, una oscuridad que podía sentirse. ¿Habéis visto alguna vez qué poder tiene la mente sobre nosotros para llenarnos de miseria?

Ah, hermanos, si pudieran ir a muchos de nuestros asilos y a nuestras salas de enfermos, sí, y también a los lechos de muerte, podrían saber qué angustia aguda puede sentir la mente. Y recuerda que la mente, así como la estructura mortal, deben soportar la condenación. Sí, no debemos eludir esa palabra, la Escritura lo dice, y debemos usarla. ¡Oh, hombres y mujeres, a menos que nos arrepintamos, a menos que cada uno de nosotros clame misericordia a Aquel que es poderoso para salvar, debemos perecer! Todo lo que significa la palabra "Infierno", debe ser realizado en mí excepto que soy un creyente. Y así, todo lo que significa "Apartaos, malditos", debe ser vuestro, a menos que os volváis a Dios con pleno propósito de corazón.

Pero de nuevo, el que no se vuelve a la repreensión del ministro morirá y ciertamente morirá. Esto no es una cuestión de quizás o casualidad. Las cosas que predicamos y que se enseñan en las Escrituras son asuntos de certeza solemne. Puede ser que la muerte sea ese viaje del que ningún viajero regresa, pero no es cierto que no sepamos nada de ella. Es tan cierto como que hay hombres y un mundo en el que viven, que hay otro mundo por venir y que, si mueren impenitentes, ese mundo será para ellos uno de miseria. Y ten en cuenta que no hay posibilidad de escapar. Muere sin Cristo y no hay puerta por la que puedas escapar, para siempre, oh, perdido para siempre y sin una sola esperanza de misericordia, desechado y sin una salida para escapar, sin una sola oportunidad de rescate.

Oh, si hubiera esperanza de que en el mundo venidero los hombres pudieran escapar, no tendríamos que ser tan serios. Pero dado que una vez perdido, perdido para siempre, una vez desechado, desechado sin esperanza, sin ninguna perspectiva de esperanza, debemos ser serios. Oh, Dios mío, cuando recuerdo que hoy tengo algunos aquí presentes que con toda probabilidad deben estar muertos antes del próximo sábado, ¡debo ser sincero! De una asamblea tan grande, lo más probable es que no todos seamos peregrinos en este mundo dentro de otros siete días. No solo es posible, sino probable que alguien de esta vasta audiencia haya sido lanzado a un mundo desconocido. ¿Seré yo mismo y navegaré hasta el puerto de la dicha o debo navegar sobre olas de fuego para siempre, perdido, naufragado, varado, en las rocas del dolor?

Alma, ¿qué será contigo? Puede ser que mueras, mi Oidor canoso. O tu, Muchacho, muchacho, puedes morir, no sé cuál ni podemos decirlo, solo Dios lo sabe. Entonces que cada uno se pregunte: ¿estoy preparado, debo ser llamado a morir? Sí, puedes morir donde estás, en los bancos donde estás sentado, puedes morir ahora, ¿y adónde irías? Pues recuerda que donde vas, vas para siempre.

Oh, Eternidad, Eternidad, Eternidad, ¿debo escalar tus desniveles para siempre y nunca llegar a la cima y mi camino debe ser siempre miseria o alegría? Oh, Eternidad, profundidad sin fondo, mar sin orilla, ¿debo navegar sobre tus olas ilimitadas para siempre en un camino inalterable, y debo atravesar mares de felicidad o ser arrastrado por el viento tormentoso de la venganza, sobre abismos de miseria? "Entonces, ¿qué soy?" "Mi alma despierta y una encuesta imparcial toma". ¿Estoy preparado? ¿Estoy preparado? ¿Estoy preparado? Ya sea que esté preparado o no, la muerte no admite demoras, y si está a mi puerta, me llevará a donde debo ir para siempre, esté preparado o no.

Ahora, lo último es que el pecador perecerá, ciertamente perecerá, pero, por último, perecerá sin excusa, su sangre será sobre su propia cabeza. Cuando un hombre está en bancarrota, si puede decir: "No es por un comercio imprudente; ha sido enteramente por la deshonestidad de alguien en quien confiaba que soy lo que soy", se consuela un poco y dice: "No puedo evitarlo". eso." Pero, oh, mis lectores, si arruinan sus propias almas después de haber sido advertidos, entonces su propia bancarrota eterna estará a su propia puerta. Si alguna vez nos sobreviniera una desgracia tan grande, si podemos atribuirla a la Providencia de Dios, la soportaremos alegremente. Pero si nos lo hemos infligido a nosotros mismos, ¡qué temible es!

Y que todo hombre recuerde que, si perece después de haber oído el Evangelio, será su propio asesino. Pecador, tú mismo clavarás la daga en tu corazón. Si desprecias el Evangelio, estás preparando combustible para tu propio lecho de llamas, estás martillando la cadena para tu propia atadura eterna. Y cuando seas condenado, tu triste reflejo será este: Me he condenado a mí mismo, me arrojé a este pozo. Porque rechacé el Evangelio, desprecié el mensaje. Pisoteé al Hijo del Hombre. Yo no aceptaría ninguna de Sus reprensiones. Desprecié sus sábados. No quise escuchar sus exhortaciones, y ahora perezco por mi propia mano, el miserable suicidio de mi propia alma.

Y ahora me asalta un dulce reflejo. Un buen escritor dice: "Hay, sin duda, lugares en el mundo que serían yermos para siempre si recordáramos lo que sucedió allí". Él dice: "Estaba una vez en la catedral de St. Paul, justo debajo de la cúpula, y un amigo me tocó suavemente y dijo: '¿Ves esa pequeña marca de cincel?' y yo dije 'Sí'.

Él dijo: 'Allí es donde un hombre se arrojó y allí cayó y se estrelló en átomos'. El escritor dice: "Todos partimos de ese pequeño lugar, donde se había derramado la sangre de otra criatura. Parecía un lugar horrible cuando recordamos eso". Ahora bien, hay muchas calles, hay muchas orillas del camino, hay muchas casas de Dios, donde los hombres han tomado la última decisión y han condenado sus propias almas. No lo dudo, hay algunos aquí esta mañana, de pie o sentados, a quienes la voz de la conciencia les dice: "Decídete por Dios", y ahora Satanás y el corazón malvado juntos están diciendo, "Rechaza el mensaje. Ríete, olvídale. Coge una entrada para el teatro mañana. No dejes que este hombre nos alarme, es su propia profesión hablarnos así. Vamos a irnos y reírnos si fuera. Y pasemos el resto de este día en alegría.

Sí, esa es la última advertencia que tendrá. Es así con algunos de ustedes. Hay algunos de ustedes que en esta hora decidirán condenarse a sí mismos y mirarán para siempre por toda la eternidad a ese lugar debajo de la galería del Surrey Music Hall. Y dirás: ¡Ay, ay del día que oí a ese hombre! Estaba medio impresionado, casi me convenció de ser cristiano, pero me decidí por el infierno". Y ese será un lugar solemne para los ángeles donde estés de pie, o donde estés sentado, porque los ángeles se dirán unos a otros: "Apártense, ese es un lugar donde un hombre arruinó su propia alma para siempre jamás".

Pero el dulce pensamiento es que hay algunos lugares justo al revés. ¡Vaya, estás sentado, amigo mío, esta mañana, en un lugar donde hace unas tres semanas se sentó uno que se convirtió a Dios! Y ese lugar donde estás sentado debes venerarlo, porque en ese lugar se sentó uno que era uno de los grandes pecadores, como tú, y allí se encontró con el mensaje del Evangelio. Y muy atrás, detrás de la puerta, muchas almas han sido traídas a Cristo. Muchas buenas noticias he escuchado de algunos en la galería superior. "Señor, no pude ver su rostro durante todo el sermón, pero la flecha del Señor dio la vuelta a la esquina y llegó a mi corazón a pesar de eso, y fui salvado". Ah bueno, que Dios bendiga tanto este lugar que cada asiento de él, este día, pueda ser solemnizado por Su propia gracia, y un lugar para ser recordado en su historia futura por su bienaventuranza, el amanecer de su salvación.

"Cree en el Señor Jesús y sé bautizado, y serás salvo". Este es el Evangelio que se nos dice que prediquemos a toda criatura: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo. El que no creyere, será condenado".